

las palabras de la tribu. Pero otras veces las vanguardias son poco más que flor de un día, dejan pétalos muertos, un vago olor de moda rota, un arrítmico y lejano sonido de vanidad e intemperancia; y el sueño vanguardista por excelencia, el sueño de alcanzar la originalidad, acaba resultando tan pesado que se confunde con la muerte, y que al final lo es. Porque es muerte todo aquello que no se mueve, y muchas veces el frenesí de la velocidad no es sino el ruido de una petrificación que se agrieta y que se disuelve.

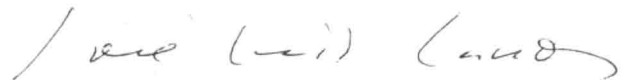
La originalidad es otra cosa. Durante muchos años, durante muchos críticos, no se pensó que la poesía de don Antonio tuviera originalidad. Se reputaba de más original al brillo -e inclusive al afeitado, al maquillaje- que a la respiración, al ritmo, al sistema arterial de la poesía, por donde van la sangre de los siglos y el tiempo de la especie. Parecía original un adjetivo intempestivo, una imagen cuantiosa o una metáfora insolente, y se solía cometer la penosa insolencia de no advertir la originalidad de pintar una silla, una silla común. Por ejemplo: la triste silla de Van Gogh. Miramos esa silla que nos conmueve y nos consuela con indecible desconuelo, y advertimos súbitamente que es la misma emoción y el mismo consuelo que hemos sentido encontrando con don Antonio una ramita florecida que reinventa la vida desde la penumbra y la humildad de un olmo seco. ¿Cuántos olmos hubo mirado don Antonio hasta llegar a descubrir que en uno de ellos, seco, enjuto, habitaban la vida, la poesía, la paciencia y la inmortalidad? ¿Cuánto tiempo aguardó mientras miraba los campos y los olmos, hasta ver, desde el fondo remoto de la mirada de la especie, que esa ramita era la vida y que, por tanto, un rostro puede ser el mapa del mundo, y que una hora puede llegar a ser el apellido de la eternidad? Fluyen la vida y la marea, y el hombre sabio va aprendiendo lentamente a esperar. Y cuando ya ha aprendido ("Sabe esperar, aguarda que la marea fluya"), fluye desde él hacia nosotros la originalidad, la doble originalidad del que nos muestra lo que tiene de milagroso el ver a la vida en la vida, y nos muestra a la vez que esa mirada es la mirada que ve desde el origen, desde el fondo del vértigo callado y compasivo de los siglos.

Felix Grande

FELIX GRANDE

Machado en Baeza

Yo quisiera recordar los años que pasó Machado en Baeza, que se suelen olvidar demasiado. Aunque había muchas cosas de la ciudad que no le gustaban, fueron años fecundos en su alma, como muestran sus cartas a Unamuno. Años de preocupación política y religiosa. A Unamuno le confiesa en una carta que el Evangelio no vive en el alma española, y menos en Baeza. A raíz de la muerte de Leonor, en esos años de tremenda soledad, Machado busca a un Dios que le salve de la desesperación y de la nada, agarrándose, como Unamuno, al clavo ardiendo de una fe liberadora de su angustia y su desesperanza. Pero Machado, que buscó siempre "a Dios entre la niebla", como nos dice en un poema de "Soledades", acabó encontrándolo por caminos propios: el Dios personal de Juan de Mairena y de Abel Martín -sus complementarios- que tenía ya poco que ver con el Dios cristiano que buscaba Unamuno. El sentimiento religioso de Machado es fundamentalmente un sentimiento cristiano de fraternidad. Unamuno y Machado compartían la preocupación por el Cristo -especialmente vivo en el Machado de los últimos años- pero esa preocupación ofrece distinta vertiente en uno y otro. En Unamuno es el Cristo agonizante, el crucificado, el que le sirve de motivo inspirador de espléndidas páginas en verso y en prosa. Mientras en Machado es el Cristo vivo, el que vive y puede seguir viviendo -Cristo hombre- entre los hombres y salvarlos en vida por el amor: el Cristo que anduvo por el mar y que puede traerles el reino de la fraternidad. El cristianismo de Machado es, pues, un cristianismo más cercano al de Tolstoy, el cristianismo de las almas fraternas. Este cristianismo no lo encontraba Machado en su país, y concretamente en la ciudad de Baeza, en la que -escribe a Unamuno- "no encuentro un átomo de religiosidad". Aquí no se puede hacer nada. Las gentes de esta tierra tienen el alma absolutamente impermeable. Este pesimismo de Machado le llevaba a aconsejar a la juventud hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y al pan, y promover la revolución, no desde arriba ni desde abajo sino desde todas partes, para que España despierte. Para entender al Machado de Baeza hay que leer y releer las cartas que desde allí escribía a Unamuno y que reflejan su pesimismo y su desesperanza en cuanto a la España que soñaba.



JOSE LUIS CANO